



Sus libros más recientes: *La trastienda de la diplomacia* (con Eva Celada) y *Los presidentes y la diplomacia. Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero* (2012, Plaza y Janés). Su último libro, una especie de memorias, *Yo siempre creí que los diplomáticos eran unos mamones* (Plaza y Janés), está en su cuarta edición.

Embajador de España en la ONU entre 1997 y 2004 (gobierno de Aznar). Allí presidió el Comité de la ONU contra el terrorismo y la Asociación de Embajadores ante la ONU. Secretario de Estado de Cooperación (1991-1993) y subsecretario de Exteriores (1988-1991) en el gobierno de Felipe González. Ha sido director general de la OID (portavoz) de Asuntos Exteriores con tres gobiernos de la democracia: UCD, PSOE y PP. Fue director general del Real Madrid, articulista, autor de varios libros y cónsul general en Los Ángeles (2006-2010).

Inocencio Arias

Presidente del Club Siglo XXI.



Trump, UN OVNI INESPERADO

Inocencio Arias

El jueves 12 de octubre saltaba la noticia de que Estados Unidos abandonaba la Unesco. Washington, donde la ONU y sus retoños no son excesivamente populares, parecía estar irritado por los agravios a Israel de la Organización onusiana de la Cultura con sede en París. No es la primera vez que el país más poderoso de la tierra, ya lo hizo con Reagan, da esa espantada en un organismo con nobles fines, varios logros, pero un tanto disperso y no en su mejor momento. Estados Unidos, que debe 500 millones de dólares al organismo, permanecerá como observador.

En Europa ha habido consternación, dentro de un orden, algo más en Francia por acoger a la Unesco y porque su nuevo director general será una exministra francesa. En el país que se marcha el eco ha sido muy reducido. El internacionalista *New York Times* daba la noticia en una línea diminuta en primera mientras se

ocupaba con titulares y profusamente de otras noticias, desde los esfuerzos de Trump para repeler la reforma sanitaria de Obama, hasta el escándalo del rijoso magnate cinematográfico Harvey Weinstein que durante décadas ha venido acosando sexualmente a diversas actrices (G. Paltrow, Angelina Jolie, Rose McGowan, Ashley Judd...), sin que el asunto, aunque muchos lo sabían, trascendiera por la importancia del personaje. En la prensa, por último, no faltaban conjeturas sobre la inquietante postura del presidente estadounidense en relación con el acuerdo nuclear con Irán.

Para el resto de los medios yanquis la salida de la Unesco no ha producido ningún remolino. La ONU y sus diferentes organizaciones hace tiempo que dejaron de suscitar el interés de la opinión pública estadounidense. Esta escasamente benéfica



James Mattis, secretario de Defensa de los Estados Unidos.

tendencia se ha acentuado un tanto en la era Trump. El multilateralismo no hace tilín al presidente y, si la realidad se lo permitiera, lo que no siempre es así, su cacareada doctrina de “América primero” (Estados Unidos ante todo) sería llevada a sus últimas consecuencias. En los nueve meses de la era Trump, Estados Unidos ha escapado del TTP (Acuerdo Comercial de diversas naciones del Pacífico), se ha marginado del trascendental acuerdo sobre el cambio climático y ahora hace mutis de la Unesco. Richard Haas escribe que Trump está desarrollando “la doctrina de la retirada”.

La política exterior de Estados Unidos tiene ribetes erráticos, contradictorios e incoherentes a lo que contribuye no solo la falta de sintonía del secretario de Estado con la Casa Blanca sino la personalidad narcisista, mal informada e impulsiva del presidente. La responsabilidad, con todo, no es solo del estafalario millonario. En la deriva actual el Congreso participa con cierta frecuencia.

Alguien ha escrito que hay una serie de fobias de los republicanos (Venezuela, Irán, Corea del Norte) con las que a veces los demócratas comulgan; y claras tirrias demócratas (Rusia, animosidad que encarnó Hillary Clinton, Siria...) sentidas en gran medida por abundantes republicanos.

Los titulares exteriores de los días que han seguido a la “nimiedad” de la Unesco han estado centrados en Irán al anunciar Trump el viernes 13 que quiere romper el acuerdo con Teherán por el que seis grandes potencias suspendieron las sanciones que imponían al país a cambio de que este congelara sus peligrosos ensayos nucleares. Como consecuencia del mismo, el presidente estadounidense debía certificar cada noventa días que para Estados Unidos el acuerdo continuaba teniendo validez porque Irán venía cumpliendo sus obligaciones. Esto es un purgante que el presidente no quiere tomar cada tres meses. En diversas ocasiones ha manifestado que el acuerdo con Irán es “el peor

Alguien ha escrito que hay una serie de fobias de los republicanos (Venezuela, Irán, Corea del Norte) con las que a veces los demócratas comulgan; y claras tirrias demócratas (Rusia, animosidad que encarnó Hillary Clinton, Siria...) sentidas en gran medida por abundantes republicanos

de la historia” firmado por Estados Unidos. Trump, además, ha subrayado que el documento del 2015 no pone el menor freno a lo que él considera trapacerías de Teherán en su zona de influencia, participación en la guerra de Siria, armar a Hezbolá... En resumen, el acuerdo con Irán, al que, por cierto, Obama no se atrevió a llevar al Congreso para ser ratificado, le repatea. Con su egoísta decisión, Trump se lava las manos y envía la patata caliente a los legisladores que tienen que decidir en el plazo de dos meses si denuncian el acuerdo o no.

En este tema, como en otros, los colaboradores de Trump, Tillerson en Exteriores y Mattis en Defensa, disienten de su jefe. Hace semanas, en el Congreso, tanto Mattis como Joseph Dunford, jefe del Estado Mayor Central, manifestaron que el acuerdo era aceptable. No olvidemos que los demás signatarios, Londres, Moscú, Berlín, París, Pekín, creen que, aún con leves fallos, está funcionando como certifica la Agencia Internacional de la Energía encargada de vigilar de cerca el cumplimiento iraní.

Trump intenta satisfecho cuartear uno de los logros de Obama al tiempo que contenta a su base, incluida la potente cadena de televisión Fox News, calma su ego y no queriendo asumir la responsabilidad de cargarse el acuerdo lo pone en el regazo del Congreso. La actitud de los padres de la patria plantea interrogantes. En los congresistas republicanos hay una repandida animosidad hacia Irán. Sin embargo, sería

necesario que los 52 senadores republicanos optaran por la denuncia y que a ellos se unieran ocho demócratas. No es seguro que vaya a ocurrir. Bob Corker, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, cree que el Senado puede aprobar una medida que sin denunciar el tratado ni entrar en conflicto abierto con su texto, pueda reforzar el principio de que Estados Unidos lo abandonará en determinadas circunstancias.

Es posible que Trump no haya prestado demasiada atención al regalo que hace a los halcones iraníes que acosan al más moderado presidente Rohani impulsor del acuerdo y que ahora encontrarán más razones para odiar al denostado Satán estadounidense y para forzar la reanudación de los ensayos nucleares. Sin embargo, en su parcial contención, ha debido influir la repercusión que una ruptura total con Teherán tendría en el principal problema de seguridad que tiene planteado hoy en día Estados Unidos y quizás el mundo. No estoy aludiendo a la irritación de los otros signatarios –Airbus, Total y Boeing ya se aprestan a invertir en Irán– ni a que Rusia y China puedan presumir de apaciguadores y comprensivos frente al halcón de Estados Unidos. Me refiero a la amenaza de Corea del Norte. Los militares estadounidenses sí lo han tenido en cuenta. Hace un par de semanas Edward Luce escribía que “las esperanzas del mundo reposan en los generales de los Estados Unidos”. Los casos de Irán y Corea son muy diferentes pero, paralelamente, interdependientes.

Desde que el imponente régimen norcoreano anunció en 2005 que poseía el arma nuclear la dictadura de Pionyang ha estado jugando al ratón y el gato con la comunidad internacional. Ha recibido ayuda económica, fundamentalmente alimenticia, de diversas naciones entre ellas de Estados Unidos, pero ha proseguido con su programa nuclear y, desde no hace mucho, balístico. En el 2016 anunció que contaba con la bomba de hidrógeno y este año lanzó un misil que pasó por encima de Japón. La conducta norcoreana subraya el contumaz fracaso de los esfuerzos multilaterales para contener la proliferación. El histórico Tratado de no proliferación (NPT) fue firmado en 1991, es



decir, hace más de un cuarto de siglo. Las entonces potencias nucleares se comprometían a compartir el uso pacífico de la energía nuclear con otros y a reducir sus arsenales. Los otros países, no poseedores, prometían no acceder a adquirir armas. Ambas partes, ricos y pobres, lo han violado. Rusia, China y Estados Unidos han aumentado su capacidad ofensiva y siguen modernizándola. Corea del Norte ha desarrollado un considerable potencial nuclear. En este momento debe poseer entre 20 y 60 bombas y puede que más temprano que tarde esté capacitada para lanzar un misil contra la costa oeste de Estados Unidos.

La tentación de Trump es borrar del mapa a Corea del Norte. Un dato importante lo detiene. Aunque el Pentágono, en un ataque devastador preventivo, fuera capaz de neutralizar la mayor parte de las rampas de lanzamiento de Corea del Norte, el dictador Kim Jong-un tendría, según la creencia unánime, tiempo para lanzar una lluvia de proyectiles, incluso convencionales, sobre Seúl, capital de Corea del Sur, donde viven unos 10 millones de personas y que se encuentra solo a 52 kilómetros de la frontera entre las dos Coreas. La realidad es, pues, disuasoria. Mattis que, hace meses, manifestó que la guerra con Corea tendría consecuencias trágicas de un alcance increíble, ha girado recientemente al afirmar que hay “alternativas militares que no implican una reacción contra Seúl”. No ha elaborado cuales (¿un ciberataque que paralizaría Corea del Norte?) y la mayor parte de los expertos lo cuestionan.

En consecuencia, si ante la inevitabilidad de una respuesta feroz norcoreana hay que llegar a cualquier tipo de componenda con sus dirigentes, el paso atrás de Trump en Irán no ayuda. ¿Cómo podrá la diplomacia trumpiana convencer a Kim Jong-un de que Estados Unidos cumplirá su promesa de aceptar a Corea sin hostigamientos en la comunidad internacional si se desarma? ¿Por qué Estados Unidos respetaría un acuerdo con la execrable Corea si lo incumple con la menos execrable Irán? Su credibilidad, como acabó siendo la de Obama en Oriente Medio, es en este tema nuclear escasa.

Obama indicó a Trump al despedirse que Corea del Norte era su principal problema y no se equivocaba

Obama indicó a Trump al despedirse que Corea del Norte era su principal problema y no se equivocaba. De otro lado, la amenaza directa de Kim y su conducta bravucona no tardarán en producir el no deseado efecto de que Corea del Sur y Japón, amén de Indonesia, Taiwán y Australia, quieran contar con sus mortíferos juguetes nucleares. Alguno de ellos, Japón, Taiwán (la isla separada de China lo tuvo al alcance de la mano y Estados Unidos le retorció el brazo) los pueden conseguir en menos de dos años si se lo proponen.

Pasemos al frente ruso. Trump llegó a la presidencia con el ánimo de dar un giro a la relación entre Putin y Obama que debido a la anexión rusa de Crimea, la flagrante injerencia de Moscú en Ucrania, el apoyo al sirio Assad y la actividad desestabilizadora de los *hackers* rusos estaba acercándose a la gelidez de la Guerra Fría. El yerno de Trump tuvo entrevistas con una abogada rusa cercana al Kremlin con objeto de obtener información que pudiera ensuciar la imagen de Hillary Clinton en la campaña electoral. Ni los esfuerzos de los abundantes enemigos de Trump (el *New York Times* por ejemplo tiene tal fijación con el presidente que en alguna ocasión pierde su conocida



Kim Jong-un durante un discurso.

objetividad) para tachar la entrevista de ilegal han prosperado, ni la abogada parecía tener nada interesante para ser aireado. Ahora bien, está extendida la creencia de que las filtraciones procedentes de los *hackers* rusos que recalaban ciertas debilidades de Hillary y que serían recogidas por determinados órganos yanquis contribuyeron en la víspera de la convención demócrata a excitar a los jóvenes seguidores de su rival Sanders y a sembrar una cierta división en las filas demócratas.

El agradecimiento de Trump no cambia la realidad. El Kremlin ya se ha percatado de que el Congreso tiene la sartén por el mago en la cuestión de las sanciones a Rusia y que el presidente ha cambiado la visión un tanto bucólica de Rusia. La opinión pública yanqui desconfía de cualquier concesión a Moscú. Trump ya ha tenido manifestaciones que aluden a una resurrección de la Guerra Fría achacable al gigante eslavo; el Congreso, por su parte, no vive un momento conciliador.

Putin y su población están obsesionados con lograr que Estados Unidos los trate totalmente de igual a igual. La actitud de Europa, a la que saben dividida, les importa menos. Putin encuentra enormemente rentable fomentar el

nacionalismo ruso, es una razón fundamental de su popularidad. En Washington, no obstante, y en Europa, aunque haya no pocos deseos de hacer pelillos a la mar con Crimea y, en menor medida, con Ucrania, el preocupante problema de los hackers es un nuevo agravio perpetrado por los rusos. En Estados Unidos las autoridades reprochan a Zuckerberg, joven magnate de Facebook, la pasividad de su empresa con organizaciones que de forma anónima navegan por la red propalando mensajes políticos. Se apunta a Internet Research Agency, una agencia de paternidad no clara, ¿rusa?, que compró 3.000 anuncios en Facebook y que habría intervenido en el debate político, influyéndolo, en temas como la posesión de armas, los derechos de los homosexuales, la rebeldía de varios jugadores de fútbol frente a Trump... Zuckerberg ha prometido más transparencia y contratar a 1.000 personas que revisen lo que se cuelga en Facebook. Las autoridades de Washington y varios legisladores no están satisfechos con la que consideran tibia respuesta de Zuckerberg para abortar el gasto ilícito de extranjeros en las variopintas elecciones americanas. Las sospechas americanas encuentran eco en Europa. Varios políticos de nuestro continente han apuntado a



Rex Tillerson, secretario de Estado de los Estados Unidos.

lo que el periódico *El País* señalaba hace pocas semanas. *Hackers* misteriosos, probablemente al servicio de Rusia, están utilizando las redes para desprestigiar y desestabilizar instituciones europeas, en nuestro caso en el problema catalán. El razonamiento es que cualquier tipo de desestabilización occidental interesa a la maquinaria del Kremlin. Los gobiernos occidentales, con todo, están reaccionando a esta amenaza, sea rusa o de otra potencia, con una lentitud similar a la del nuestro durante los últimos años ante el metódico esfuerzo de los dirigentes de la Generalitat para cultivar, lisonjear y jugar el papel de víctima ante la prensa extranjera.

No olvidemos el frente abierto con los dos vecinos de Trump: Canadá, segundo y México, tercer socio comercial de Washington. El presidente quiere revisar el NAFTA, Tratado comercial entre Canadá, Estados Unidos y México, por considerar que es dañino a los intereses de Estados Unidos. México tiene un superávit de 64.000 millones con el gran vecino

del norte y esto le escuece a Trump. Las negociaciones no serán cómodas. Obama impuso ya sanciones a productos madereros canadienses. Ahora Trump quiere imponer un 300% en la tarifa de los aviones Bombardier fabricados en Canadá. Boeing se había quejado de competencia desleal. El canadiense Trudeau amaga con represalias: no comprará 18 cazas fabricados por Boeing.

La sangre no llegará al río entre los tres aunque Trump quiera con el nuevo muro agrandar la frontera que marca el Río Grande con México. Atacar *per se* la construcción del muro, cuyo primer tramo por cierto lo hizo Clinton sin crujir de dientes y sin que nadie entonces se rasgara las vestiduras, es infantil y hace el juego a Trump ante su base. Por muchos tratadistas o intelectuales que escriban que el muro es un atentado contra los derechos humanos o los tratados internacionales, que proclamen que el muro no solo es contra México sino contra toda Latinoamérica la denuncia es una chiquillada, con ribetes de

simpleza demagógica, que le permite a Trump replicar que construye el muro para impedir que se le cuelen no miles sino millones de emigrantes y que no hay ley internacional que prohíba hacer eso en tu territorio. (Un profesor en Los Angeles me comentó con sorna cómo Zapatero había hecho alegorías solidarias cuando visitó el muro teniendo España uno más alto en Ceuta y Melilla que el propio Zapatero había reforzado). Otra cosa distinta a la mera construcción del muro es que el presidente tenga la ridícula pretensión de que sea también costado por los mexicanos o la artera de ligar la aprobación de leyes humanitarias –la de que emigrantes que entraron clandestinamente hace décadas en Estados Unidos de niños (*dreamers*) y han crecido allí no sean deportados– con el libramiento por el Congreso de fondos para levantar el muro. (Por no recordar sus comentarios peyorativos en la campaña sobre los mexicanos).

Con Europa, que no es el centro de las preocupaciones del presidente, las fricciones, la tibieza, después de la época del intermitentemente idolatrado Obama, es la tónica del día; la cosa no está para tirar cohetes. La omnipotente Merkel no parece hacer buenas migas con Trump, y con May o Macron tampoco hay luna de miel. No obstante, convendría distinguir las quejas razonables de Trump, como la de nuestro escaso gasto en defensa, con otras posturas del americano que serían menos comprensibles. Su convicción de que los europeos son unos gorriones, algo que había formulado con más sutileza su predecesor, es algo en lo que coinciden políticos y comentaristas de Estados Unidos. Las cifras son abrumadoras. Estados Unidos gasta el 68% del total empleado en esos fines por los 28 países de la OTAN. En el año 2006 todos los miembros nos comprometimos a gastar en defensa el 2% de su PIB. Se reiteró la obligación en el 2014. Solo 5 países lo cumplen: Estados Unidos (4%), Gran Bretaña, Estonia, Grecia y Polonia. La rica Alemania gasta el 1,2% y España el 1%.

Más correcto es esbozar nuestros reproches correctos: la salida del cambio climático y de la Unesco, su impulsiva actitud en el caso iraní... No creo que nos haga mucho caso, pero...

Parte de la errática conducta exterior de Trump –el presidente gusta de improvisar y le encanta romper los pronósticos aunque eso signifique separarse de sus querencias ideológicas– emana del hecho de que su secretario de Estado no puede frenarlo, como ocurría con varios de sus predecesores, porque no tiene confianza en él. Tillerson llegó al puesto con varias carencias, no tenía experiencia en ese campo, no era un miembro destacado del partido, no había sido candidato a la Presidencia (como Kerry y Hillary) y no tenía el oído del jefe. Por otra parte, informado quizás de que el Departamento de Estado estaba trufado de demócratas ha perdido demasiado tiempo en reajustes. Por esas u otras razones –chocó con el hasta poco consejero áulico Bannon– su jefe lo ha debilitado. Trump ha pregonado sin tacto que él toma las decisiones, ha dejado en evidencia a Tillerson en Siria o en el enfangamiento de Arabia Saudita en Yemen y le ha quitado un tema crucial, el Medio Oriente encargado al “yernísimo” Jared Kushner. Tillerson está bien conceptuado por otros políticos pero su distanciamiento del presidente es palpable y notorio. Ha tildado a su jefe de idiota en una conversación privada que ha trascendido y de la que no se ha retractado y Trump, tocado no solo en su jerarquía sino en su ego, ha replicado que si se pusieran sobre la mesa los cocientes intelectuales de los dos él no saldría perdiendo.

Si Tillerson tirara la toalla, y aunque Trump es impredecible, las apuestas ahora se inclinan por Nikki Haley, la embajadora en Naciones Unidas. Bob Corker, senador, ha salido sin vacilaciones de la carrera. También ha manifestado que el presidente no da la talla.

¿Es Trump un sarpullido temporal? No sabemos; los que repiten que es carne de inhabilitación lo dicen precipitadamente. Hillary Clinton, que respira constantemente por la herida, sostiene que Trump es “más peligroso que impotente”. Veremos. En todo caso, y aunque no fuera reelegido, lo que está por ver, habrá aumentado las divisiones en la sociedad estadounidense profundamente polarizada ya en la era de Obama, aunque ahora se quiera olvidar, y consolidado una corriente de derecha sin concesiones que no va a desaparecer de la noche a la mañana.